

Amor sin temor

Junio 2, 2024 – Prof. Leopoldo Sánchez

1 Juan 4:16-21

¹⁶ Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. ¹⁷ En esto se perfecciona el amor en nosotros: para que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. ¹⁸ En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. Por lo tanto, el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. ¹⁹ Nosotros lo amamos a él, porque él nos amó primero. ²⁰ Si alguno dice: «Yo amo a Dios», pero odia a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto? ²¹ Nosotros recibimos de él este mandamiento: El que ama a Dios, ame también a su hermano.

¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- Interpretación del texto de 1 Juan 4 en relación con el contexto más amplio del evangelio de Juan.
 - La promesa de la permanencia de Dios en el creyente en 1 Juan 4, versículos 12 y 16, equivale a la promesa de que el Hijo dará el Espíritu a sus discípulos: “En esto sabemos que *permanecemos* en él [Dios], y él en nosotros: en que él nos ha dado de su Espíritu” (v. 13). El verbo “permanecer” se usa en el evangelio de Juan para señalar que el Espíritu Santo permanece ante todo en el Hijo (Juan 1:32), quien tiene el Espíritu sin medida (Juan 3:34). Según Juan, el Hijo también dará el Espíritu a sus discípulos, a la iglesia. Como bien lo dice Juan el Bautista, haciendo referencia al bautismo de Jesús: “Aquél sobre quien veas que el Espíritu descende, y que *permanece* sobre él, es el que bautiza con el Espíritu Santo” (Juan 1:33).

Así pues, el Hijo promete a sus discípulos que cuando vuelva a su Padre no los dejará “huérfanos” porque les enviará “el Espíritu de verdad” que ustedes “conocen, porque *permanece* con ustedes, y estará en ustedes” (Juan 14:17-18). En la teología de Juan, la

permanencia o morada del Espíritu de Dios Padre en su Hijo hace posible su permanencia, morada o habitación en todo aquel que cree en el Hijo. Jesús es el portador y dador del Espíritu por excelencia. Por causa de su generosidad divina, Jesús nos hace partícipes por gracia del Espíritu que Él tiene en toda plenitud por naturaleza.

- La promesa de la permanencia de Dios en el creyente le asegura que el amor de Dios se perfecciona en él o llega a su propio fin de dos maneras. En primer lugar, el amor divino en el creyente se perfecciona cuando éste ama a Dios sin temor alguno a su castigo (1 Juan 4:17) y, en segundo lugar, cuando nos impulsa a amarnos unos a otros (1 Juan 4:12). Ambas enseñanzas encuentran apoyo en el evangelio de Juan.
 - Amar a Dios sin temor al castigo equivale a “que tengamos confianza en el día del juicio” (1 Juan 4:17a). Se trata de la confianza en la promesa de que Dios nos ama en Cristo y por lo tanto no somos condenados. El evangelio o la buena nueva del apóstol consiste en que “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16). Luego añade que “el que en él [el Hijo] cree no es condenado” (v. 17a). Es significativo que las formas del verbo “condenar” que se usan en Juan 3 pertenecen a la misma familia que el sustantivo “juicio” en 1 Juan 4.
 - También se perfecciona o llega a su propio fin (*telos* en griego) el amor de Dios en nosotros cuando “nos amamos unos a otros” (1 Juan 4:12). Amar al hermano es obedecer el mandamiento divino, a saber, “El que ama a Dios, ame también a su hermano” (v. 21). Pero esta obediencia solo es posible verla en la vida del creyente porque éste ha recibido la dádiva del Espíritu de Dios que permanece en él: “El que obedece sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. En esto sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que él nos ha dado (1 Juan 3:24). El evangelio de Juan apoya esta enseñanza. Allí el Hijo exhorta a sus discípulos, “Si me aman, obedezcan mis mandamientos” (Juan 14:15), e inmediatamente después les promete que orará al Padre para que les envíe “el Espíritu de la verdad” que “permanece con ustedes, y estará en ustedes” (v. 17).

La permanencia del Espíritu en el creyente lo hace beneficiario del amor de Dios y su Hijo (Juan 14:21) y lo impulsa a obedecer la palabra o enseñanza del Hijo (v. 23). El Espíritu Santo es el maestro que “les recordará todo lo que yo [el Hijo] les he dicho” (v. 26). Esta palabra incluye su mandamiento: “Que se amen unos a otros, como yo los he amado” (Juan 15:12, cf. v. 17). Este mandamiento solo puede cumplirse porque el creyente permanece unido a Cristo, como los pámpanos a la vid, y por ende da mucho fruto (v. 5). En Juan 15, el amor de Dios que se perfecciona en el

creyente refleja el amor del Padre por su Hijo y del Hijo por su Padre (v. 9). De forma similar, en 1 Juan 4, el amor de Dios que opera en el creyente refleja el amor de Dios Padre hacia él, “pues como él es, así somos nosotros en este mundo” (v. 17). Es un amor que Dios nos ha manifestado al enviar a su Hijo al mundo “para que vivamos por él” (v. 9) y “en propiciación por nuestros pecados” (v. 10). En fin, es un amor que nos anima a amar a otros como Dios nos ha amado en Cristo.

- Interpretación del texto de 1 Juan 4 en relación con el contexto más amplio de la teología trinitaria:

- La mayoría del texto tiene como agente principal de la acción divina a Dios Padre. Es él quien nos ama. Él “es amor” en el sentido de que su naturaleza o carácter es amarnos. Se enfatiza el carácter *pro nobis* (su ser “por nosotros” o para nuestro beneficio) del Padre en relación con sus hijos e hijas. Se trata del “amor que Dios tiene para con nosotros” (1 Juan 4:16). La permanencia de Dios en el creyente y del creyente en Él también tiene como su sujeto y objeto, como su principio y fin, a Dios Padre. El Padre nos creó para la comunión con Él.

Es también en relación con el Padre o ante Él que se perfecciona nuestro amor cuando este amor echa fuera el temor. Así no nos aproximamos a Dios con miedo alguno a su castigo, sino como un Padre lleno de gracia y misericordia (v. 18). Podemos tener confianza en el día del juicio final de que Dios nos juzgará favorablemente porque ha entrado en una relación de amor con nosotros (v. 17). Es además por la iniciativa del Padre que somos amados y este amor divino es lo que nos impulsa a responderle con amor (v. 19). Se trata siempre de un amor *agápē* que no nace en nosotros, sino que nace del Padre hacia nosotros. Tiene su fuente en el corazón del Padre.

- El Hijo no aparece en el texto asignado, pero sí en la sección que lo antecede. Dios nos mostró su amor cuando envió a su Hijo “para que vivamos por él” (v. 9). Es en Cristo que Dios nos hace partícipes de la vida eterna. El amor tiene su fuente en la mente y el corazón Dios Padre, pero es por la obra propiciatoria de su Hijo que tenemos acceso al amor del Padre. Decir que el Hijo es “propiciación por nuestros pecados” (v. 10) es decir que la sangre del Hijo apaga el fuego de la justa ira de Dios contra el injusto. Es por causa del Hijo que somos perdonados ante Dios y así podemos amar a Dios sin temer castigo o condenación alguna.
- El Espíritu Santo tampoco aparece directamente en el texto asignado, pero sí en la sección que lo antecede. La estrecha relación que el creyente tiene con Dios

Padre mediante su Hijo por el perdón de los pecados tiene como bendición la permanencia del creyente en Dios y de Dios en él. ¿Pero cómo saber de esta bendición? Lo sabemos porque el Padre “nos ha dado de su Espíritu” (v. 13). La obra reveladora del Espíritu es la que nos otorga este conocimiento. El Espíritu nos lleva además a confesar que “Jesús es el Hijo de Dios” y tal confesión es evidencia de la permanencia del creyente en Dios y de Dios en él (v. 15). El Espíritu que mora en el creyente lo lleva a conocer, creer, confesar y poner en práctica el amor de Dios en su Hijo. Finalmente, el Espíritu nos perfecciona en el amor porque nos da la fe para amar a Dios sin temor alguno (v. 18), y porque nos impulsa a cumplir el mandato de Dios, a saber, “El que ama a Dios, ame también a su hermano” (v. 21).

En todo su conjunto, las reflexiones anteriores nos ayudan a interpretar o leer el texto en su trayectoria trinitaria.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo reaccionas cuando sientes miedo o temor?
2. ¿Qué diferencia existe entre el hacer algo para no ser penalizado y el hacer algo por alguien porque lo respetas y quieres de corazón?
3. El sermón usa el término “propiciación” para referirse al sacrificio del Hijo de Dios en la cruz.
 - a. ¿Qué quiere decir este término?
 - b. ¿Cómo te ayuda el término “propiciación” a entender o apreciar la promesa de que quienes creen en Cristo Jesús pueden amar a Dios sin temor alguno?
4. El sermón habla del Espíritu Santo como un maestro que mora en nosotros para enseñarnos constantemente a amar a Dios y al prójimo.
 - a. ¿Qué pensamientos, palabras u obras te impiden amar a tu hermano o hermana como Dios te ha amado en Cristo?
 - b. ¿Qué pensamientos, palabras u obras necesitas pedirle al Espíritu Santo que te enseñe y obre en tu vida para amar a tu hermano?

5. Piensa en algún prójimo que necesita tu amor.
 - a. ¿En qué formas concretas puedes reflejar el amor bondadoso y misericordioso que Dios te ha dado en Cristo en tu amor por esa persona?